EL PRIMER MAESTRO

EN la "Pequeña historia de grandes personajes", esa sección de PUEBLO a la que Marino Gómez-Santos ha sabido dar un interés muy grande, se contó recientemente la vida de Francisco Rabal.

Francisco Rabal recuerda en una frase a su primera maestra. La maestra de un pueblo minero de la provincia de Murcia, que tenía una biblioteca a disposición de los niños, que en la hora del recreo les ponía en el gramófono canciones populares. Es una primera impresión de belleza, de sensibilidad, que, para mí, tiene un interés enorme. Esa maestra, cuyo nombre yo ignoro, era una buena maestra, era una persona con interés, con inteligencia, con amor a su profesión. Como debían ser todos los maestros de primera enseñanza, como algunos—pocos—lo son.

¿Por qué pocos? ¿Por qué hay centenares de vacantes en las escuelas de nuestro país? ¿Por qué se hace una campaña contra el analfabetismo recurriendo a todos aquellos que sabemos leer pidiendo un hueco de nuestras horas, de nuestras ocupaciones, para ello?

Hay una frase española que quizá lo explica: "Ese pasa más hambre que un maestro de escuela."

La vocación del Magisterio es una vocación tremenda. Es una de las más importantes vocaciones. No todo el mundo puede ser maestro. Se necesitan no sólo conocimientos—y, desde luego, se necesitan conocimientos sólidos, firmes—, sino también una aptitud especial, una voluntad, una paciencia, que no tienen nada que ver con la voluntad y la paciencia que se necesitan para otros trabajos. El maestro no puede descansar, aunque necesite, como nadie, el descanso de sus vacaciones de verano. En el caso, deseable, justísimo, de que estas vacaciones sean una realidad, de que el maestro pueda permitirse el lujo de dejar de oír el runrún de los niños, de que pueda, por unos meses, dejar de corregir ejercicios, dejar de corregir actitudes de los alumnos, enseñar a hablar, a saludar, a pensar, a esos niños, en ese caso el maestro tiene que estudiar. Tiene que enterarse de los nuevos métodos para los niños, de los nuevos libros que se escriben para ellos, de los nuevos sistemas pedagógicos; el maestro tiene que refrescar su imaginación, sus sentimientos, su espíritu, para volver a la brecha a principio de curso.

¿Hacen esto nuestros maestros? ¿Pueden hacerlo?

"Pasa más hambre que un maestro de escuela." Esta frase está en toda su vigencia, no tenemos por qué engañarnos. El maestro que no está respaldado por una fortuna personal, tiene que trabajar noche y día, si tiene la suerte de encontrar alumnos que le paguen aparte de sus clases oficiales. O dedicarse a otras cosas que no son las de su magisterio o vivir, en parte, de la limosna de unas especies que le traen los padres de sus alumnos para que se fije especialmente en el hijo o para que, en fin, el maestro no se muera de hambre.

La vocación del Magisterio es una vocación penosa hoy día. Las grandes vocaciones, las vocaciones de entrega total a la profesión, casi todas toman el camino mezclado de la vocación religiosa. Ni la orden más dura condena a sus maestros a la dureza de vida que espera a un maestro consciente, con amor a la profesión, en un pueblo perdido, donde desde que el maestro llega se le mira con cierta prevención condescendiente. El maestro rural, que no es del pueblo, que no tiene fincas, a las que atiende con preferencia que a la escuela; que no recibe más socorro que su sueldo, ganado con sudores, y que no pone un sustituto en la escuela y huye a otros lugares donde pueda trabajar con más fruto, ese maestro, desgraciadamente, inspira poco respeto a los alumnos. Por vocación que tenga es raro que sus preocupaciones familiares no le salgan a la cara. Es raro que pueda conservar su independencia, su buen humor. Ese buen humor, más necesario en esta profesión—en esta maravillosa, importantísima profesión—que en ninguna otra.

El niño que ha tenido un buen maestro en sus primeros años, un maestro con sensibilidad, con integridad, con independencia en su labor, con amor a ella, recibe una semilla de buena hombría, recibe esa preparación de todas sus facultades que pueden hacer de él un hombre grande, un hombre honrado, un hombre con una idea clara de sus deberes de ciudadano, con una idea clara del bien y del mal.

El problema no consiste en que todos los que sabemos leer enseñemos a todos los

que estén cerca de nosotros y no saben leer. El problema está en que los maestros con vocación puedan entregarse a ella sin miedo a pasar hambre y vejaciones. No hace falta hacer un monumento a los maestros que tantas fatigas pasan. Hace falta que desaparezcan esas fatigas. Y esas vacantes en las escuelas.

Pagaría con mucho más gusto mis impuestos, los impuestos que tiene cada artículo, cada frase que publico. Los pagaría con mucho más gusto si supiera que van a parar—todos estos impues-

tos al trabajo intelectual—para que en mi país los maestros tengan una posición económicamente fuerte, para que no esté ninguna escuela vacía, para que ninguna escuela carezca de lo necesario, para que no haya pueblos sin escuelas suficientes. Ni barrios de ciudades sin escuelas suficientes. Después de todo, si escribo y soy contribuyente como escritor, se debe, en primer lugar, a que una maestra con vocación me enseñó las primeras letras.

Carmen LAFORET